

mandó que á la acusacion debiera preceder un escrito legítimo: que pudiera informarse de oficio en caso de difamacion pública; pero con citacion del acusado, á quien habrian de manifestarse todos los artículos de la acusacion y los nombres y declaraciones de los testigos, y admitírsele sus medios de defensa: que todos los autos del proceso deberian extenderse por escrito y darse una copia á las partes; y para evitar el abuso de las apelaciones y recusaciones sin motivo, se determinó de qué manera habian de proponerse y juzgarse estos medios. Los últimos cánones del concilio son concernientes á los judíos, á quienes prohiba conferir ningun cargo público, y manda que lleven alguna señal en el vestido para distinguirse de los cristianos. Despues de los cánones se encuentra un decreto particular relativo á la cruzada, que era uno de los objetos principales del concilio. Se señala el mes de Junio de 1217 para emprender la marcha, y se manda que haya paz entre los cristianos por cuatro años á lo menos, so pena de incurrir en las censuras eclesiásticas.

Tambien se trató en este concilio del territorio conquistado á los albigenses. Se confirmó en la posesion de él al conde de Monfort, y quedó despojado de todos sus derechos el de Tolosa, que habia ido á pedir la restitucion; pero se ordenó que lo no conquistado todavía se conservase para entregarlo á su hijo. Los señores de Inglaterra, indignados contra el rey Juan y despreciándole porque se habia hecho vasallo tributario del Papa, se rebelaron y le forzaron á concederles una carta confirmatoria de los fueros establecidos por las leyes del rey Eduardo. El Papa, en virtud de las quejas de Juan, anuló esta concesion, excomulgó á los señores rebeldes, y suspendió de oficio al arzobispo de Cantorbery que habia abrazado el partido de aquellos. Reiteró estas censuras en el concilio de Letran; pero los señores no quisieron someterse, y cada vez mas irritados contra el rey Juan, ofrecieron la corona al príncipe Luis, hijo del monarca francés. El Papa envió al cardenal Galon con el carácter de legado, para prohibir al príncipe que pasara á Inglaterra ni acometiera ninguna empresa contra un rey que estaba bajo la proteccion de la Santa Sede, por dos títulos, como vasallo y como cruzado. El príncipe respondió que teniendo justas causas de guerra, de las cuales no habia podido alcanzar satisfaccion, no había mas que usar de su derecho, fuera de que el rey Juan, destituido del trono por causa de felonía, no habia podido someter el reino á la Santa Sede sin el consentimiento de los señores. Envió despues diputados á Roma para que expusieran sus razones, y él marchó á Inglaterra, donde no tardó en ocupar varias provincias. Tambien pasó allá el cardenal Galon, dió sentencia de excomunion contra el príncipe, y mandó publicarla todos los domingos. Entre tanto, murió el rey Juan por Octubre de 1216, y los mas de los señores reconocieron en breve á su hijo Enrique III, coronado por disposi-

cion del legado. Viéndose casi abandonado Luis, y temiendo las nuevas censuras con que le amenazaba el Pontífice Honorio, sucesor de Inocencio, resolvió al año siguiente ajustar paces con el nuevo monarca y dejar la Inglaterra. Entonces le absolvió de la excomunion el legado (1).

Domingo de Guzman habia concebido el designio de fundar la orden de predicadores, para que los nuevos religiosos trabajaran en la conversion de los hereges; y despues de reunir diez y seis discípulos animados del mismo celo que él, fué con Fulco, obispo de Tolosa, á presentarse en el concilio de Letran para que aprobara su instituto. El Papa le dijo, en conformidad del decreto sobre institucion de nuevas órdenes religiosas, que volviera á reunirse con sus compañeros, y acordes todos eligieran una de las reglas ya autorizadas, y entonces seria confirmado su instituto. Tambien comparció Francisco de Asis, fundador de los religiosos menores, y el Papa declaró públicamente que habia aprobado su regla de viva voz. Nació este santo el año 1182 en Asis, ciudad de la Umbria, y en su juventud ejerció la profesion de comerciante, que era la de su padre. Desde la niñez manifestó suma caridad con los pobres, y formó la resolucion de dar á cuantos le pidiesen. Tenia unos veinticinco años cuando determinó consagrarse enteramente á Dios de resultas de una vision que tuvo en sueños. Renunció, pues, el comercio, empleó sus ganancias en reparar una iglesia de San Damiano, próxima á la ciudad, y se puso bajo la direccion del sacerdote que la servia. Irritado su padre de esta determinacion, le maltrató y hasta hizo atarle como un loco, y viendo que no podia vencer su constancia, le llevó delante del obispo y le obligó á renunciar su herencia. Francisco lo hizo con alegría, y entregando hasta sus vestidos, dijo á su padre: "Hasta aquí os he llamado padre mio en la tierra: de aquí adelante diré con mas confianza: Padre nuestro que estás en los cielos." En seguida salió de la ciudad, se puso á asistir á los leprosos, y fijó su residencia cerca de una ermita de nuestra Señora de los Angeles, llamada mas comunmente la Porciúncula por el lugar en que estaba situada. Un dia oyó leer en la misa estas palabras del Evangelio: "No lleveis oro, ni plata, ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo." Eso es, dijo, lo que yo busco y apetezco de todo corazon; é inmediatamente se quitó los zapatos, dejó las alforjas y el báculo, y solo se quedó con una túnica y un cordel para ceñírsela. Desde entonces empezó á predicar la penitencia, y á poco reunió varios discípulos, que movidos de sus palabras y ejemplo, lo renunciaron todo por vivir en la pobreza y consagrarse á la conversion de los pecadores. El primer discípulo fué Bernardo, ciudadano rico de Asis, y el segundo, Pedro, canónigo de la catedral. En cuanto Francisco ren-

(1) Math. Paris.—Guill. Nang.—Guill. Armor.

nió siete, les declaró que tenía ánimo de enviarlos á predicar la penitencia, y les encargó que pusieran su confianza en Dios, despreciaran los bienes del mundo, y lo sufrieran todo con paciencia y humildad. Se dispersaron, pues, por diferentes lugares para desempeñar sus tareas apostólicas; pero se vieron frecuentemente expuestos á los sarcasmos, insultos y maltratamientos, y á veces tenían que pasar la noche debajo de los soporales, porque la gente tenía hospedarlos como si fueran unos vagos sospechosos. Al fin, con sus desinterés, mansedumbre y paciencia, desvanecieron todas las prevenciones.

Cuando llegó á once el número de sus discípulos, escribió San Francisco una regla sacada en el fondo del Evangelio con algunos artículos para uniformar su vida, y luego pasó á Roma en el año 1210 á pedir la aprobación de aquella. El obispo de Asis le introdujo en casa del cardenal Juan, de San Pablo, quien rogó á Francisco que le mirara como uno de los suyos. El Papa se mostró también propicio; pero titubeaba en aprobar la regla que varios cardenales reputaban por superior á las fuerzas humanas. Entonces dijo al Pontífice el cardenal Juan, de San Pablo: "Si desechais esta regla, mirad no parezca que desechais también el Evangelio, supuesto que no es otra cosa que la observancia de la perfección evangélica." Convencido el Papa con esta reflexión aprobó la regla; pero solo de viva voz. Cuando volvía Francisco de Roma con sus compañeros, se detuvieron muertos de cansancio en un lugar desierto, donde no sabían cómo proporcionarse algún alimento; pero se presentó un hombre, les dió un pan y desapareció al punto. Este cuidado de la Providencia los confirmó en la resolución de no abandonar nunca ni bajo ningún pretexto la pobreza que habían abrazado. Por el pronto se retiraron á una choza cerca de Asis; pero viendo Francisco que se aumentaba de día en día el número de sus discípulos, pidió la iglesia de la Porciúncula á los monjes benedictinos cuya era, y conseguida fijó allí su residencia. Esta fué la casa primera y matriz de la orden de los menores de San Francisco. De allí iba el santo á predicar por las ciudades y lugares, y era tan venerado, que cuando se sabía su llegada, echaban las campanas á vuelo, y el clero y el pueblo salían á recibirle con ramos y cantando himnos. Al año siguiente corrió toda la Toscana donde fundó varios conventos, y volvió á Asis á predicar la cuaresma de 1212.

Entonces fué cuando se puso bajo de su dirección Santa Clara. Era esta doncella natural de Asis, y descendía de familia noble: su madre le dió aquel nombre, porque estando en oracion oyó una voz que le decía, que la criatura que llevaba en el seno iluminaría el mundo. Desde la niñez sobresalió Clara por su caridad para con los pobres y su aplicacion á orar, y desechó una boda ventajosa por ofrecer su virginidad á Dios. Habiendo tenido algunas pláticas con Francisco resolvió renunciar del todo al mundo, abandonó secreta-

mente su casa y se marchó á la iglesia de la Porciúncula, donde se cortó los cabellos y tomó al pie del altar el velo y hábito religioso; en seguida la llevó Francisco á un monasterio de benedictinas. Tenía entonces Clara diez y ocho años. En cuanto supieron sus padres dónde se había refugiado, hicieron todos los esfuerzos posibles por espacio de muchos dias para disuadirla y volverla á su casa; pero no la pudieron vencer, y su ejemplo arrastró en breve á su hermana Inés, de menos edad que Clara, sin que la firme resolución de aquella cediese á los ruegos ni aun á las violencias de sus padres. Francisco puso á las dos hermanas cerca de la Iglesia de San Damian que él había reparado. Allí vivió Clara cuarenta y dos años en una clausura rigurosa, y no tardó en juntar muchas compañeras de su vida penitente. Así comenzó la orden de las Claras llamada en Italia de las *mugeres pobres*.

Vivia por entonces en Bélgica practicando las mayores austeridades la bienaventurada María de Oignies, llamada así del lugar donde había fijado su residencia cerca de un monasterio de canónigos reglares á las márgenes del Sambre. En el año 1191 y á los catorce de edad, contrajo matrimonio; pero á poco tiempo persuadió á su marido que vivieran en perfecta continencia, y se decidieron juntos á asistir á los leprosos. María renunció todos sus bienes para vivir del trabajo de sus manos; observaba un ayuno casi continuo, y una vez pasó sin comer los diez dias que hay entre la Ascension y Pentecostes. Murió el año 1213: Santiago de Vitry, testigo de sus virtudes, escribió su vida y le atribuye varios milagros. Al mismo tiempo refiere otros muchos ejemplos de la piedad que reinaba en Bélgica. Vefanse numerosas comunidades de doncellas y viudas que se consagraban enteramente á la oracion, la mortificación y las obras de caridad. Las mugeres casadas educaban á sus hijos en el temor de Dios, y muchas de ellas vivían en la continencia con el consentimiento de sus maridos. El obispo de Tolosa que había ido con Santiago de Vitry á predicar la cruzada contra los albigenses, vió con admiracion el respeto que generalmente se tenía, tanto á las cosas santas como á los ministros de la religion, tan despreciados en el Langüedoc.

El Papa Inocencio III murió en Perosa el 16 de Julio de 1216, como á los ocho meses del concilio de Letran. Por su celo, saber y firmeza de carácter, se le ha reputado con razon como uno de los Pontífices mas grandes que han ocupado la silla de San Pedro. Mateo Paris le acusa de ambicion y avaricia; pero se desmiente esta acusacion con la resistencia que hizo aquel Papa á aceptar el pontificado, y las medidas que tomó para reprimir la venalidad en la corte de Roma. Ademas, se ve en su vida, escrita por un autor contemporáneo, que vendió hasta la bajilla de plata para socorrer á los pobres. Nos quedan de él cartas, muchísimas decretales, varias obras de piedad, algunos sermones y otros escritos. También se le

atribuye la prosa *Veni, Sancte Spiritus* y el *Stabat Mater dolorosa*. A los dos días de su muerte fué elegido en su lugar el cardenal Censio Savelli, que tomó el nombre de Honorio III.

En el mismo año aprobó este Pontífice la orden de predicadores. Domingo de Guzman, de acuerdo con sus compañeros, había abrazado la regla de San Agustín, añadiendo solamente algunas austeridades más, y en la bula de aprobación se ve que no fueron al principio mendicantes sino canónigos regulares, y que no estuvieron exentos de la jurisdicción episcopal. Fulco, obispo de Tolosa, les había dado una iglesia en esta ciudad con diezmos para su manutención, y á poco consiguieron la de Santiago ó San Jacobo en París; de donde les vino el nombre de *jacobinos* en toda Francia. Domingo, así que se confirmó su orden, hizo elegir un abad, y pensó en propagar su instituto en varios reinos, á cuyo efecto envió cuatro de sus discípulos á España, siete á París y cinco á Bolonia en Italia, donde abrazaron la nueva regla muchos varones distinguidos por su saber. El obispo de Bolonia les dió la iglesia de San Nicolás á ruego del cardenal Hugolino, y bien pronto se formó una comunidad crecida y floreciente. Domingo pasó á España en 1218 y fundó dos conventos, uno en Madrid que casi inmediatamente se destinó para monjas, y otro en Segovia, que fué la primera casa de la orden en aquel reino. Al año siguiente se trasladó á París, donde había adelantado tanto el instituto, que el convento de Santiago contaba treinta religiosos. Luego marchó á Italia, y propuso á Francisco de Asis la reunion de las dos órdenes en una, pero aquel respondió: "Hermano mio, la voluntad de Dios es que continen separadas, para que esta diversidad ofrezca mas recursos á la flaqueza humana."

Entonces dirigió el Papa Honorio una enciclica á los obispos, ordenándoles que admitiesen á los religiosos de la orden de predicadores al ministerio de la predicacion y socorrieran sus necesidades. Al mismo tiempo dió á Domingo la iglesia de San Sixto en Roma: pero queriendo á poco reformar y sujetar á clausura las monjas diseminadas por los diferentes barrios de la ciudad, le encargó que las reuniera en dicha casa de San Sixto, y trasladó los religiosos dominicos al convento de Santa Sabina, donde subsisten aún. Domingo dió feliz cima á esta reforma á pesar de las dificultades que ofrecia, y resucitó en esta ocasion tres muertos, uno de ellos sobrino del cardenal Estéban. La fama de sus milagros aumentó en tal grado la veneracion al santo fundador, que le cortaban pedazos del hábito para guardarlos como reliquia. Ivo, canceller de Polonia y obispo electo de Cracovia, que habia ido á Roma para solicitar su confirmacion, rogó encarecidamente á Domingo que estableciera el nuevo instituto en su diócesis. A este efecto, le envió para que les diera el hábito á varios nobles polacos, y entre ellos Jacinto y Ceslao, sobrinos del obispo y venerados como santos, los cuales contribuyeron con su celo y virtudes á propagar la orden de predicadores en

todos los países del Norte. Domingo resolvió celebrar todos los años capítulo general, á ejemplo de los monges cistercienses. El primero se congregó en Bolonia en 1220, y adoptó varias determinaciones importantes. Se resolvió abrazar la perfecta pobreza y no tener bienes ni rentas: así la orden de predicadores vino á ser mendicante. Se mandó que el capítulo general se renuniera alternativamente en Bolonia y París, y que se establecieran defensores, los cuales tendrían toda potestad hasta sobre el general durante el capítulo. Por último, se dió al santo fundador el título de maestro general, y este fué el que llevaron en adelante los superiores de la orden. En el capítulo celebrado en Bolonia al año siguiente, se eligieron ocho provinciales para gobernar las provincias de España, Francia, Lombardía, Romaña, Provenza, Alemania, Hungría é Inglaterra. Domingo no tenia entonces mas que cincuenta y un años de edad, y disfrutaba completa salud; sin embargo, predijo que moriria antes de la Asuncion. En efecto, á poco tiempo le entró una fiebre acompañada de disenteria, y murió tendido en la ceniza el 6 de Agosto de 1221: se le halló una cadena de hierro ceñida al cnerpo. Asistieron á sus exequias muchos prelados y grandísimo gentío del pueblo, y en su sepulcro se obraron multitud de milagros. Este santo instituyó la devocion del rosario para que la Virgen protegiese su orden y sus tareas apostólicas.

Los menores franciscanos habian hecho progresos en cierto modo asombrosos. Despues de aprobado el instituto en el concilio de Letran, dudaba el fundador si destinaria sus discípulos á la predicacion ó simplemente á la oracion, y exhortó á Clara y á Fr. Silvestre que consultaran la voluntad de Dios sobre esto: sus respuestas le confirmaron en la primera resolucion que habia tomado. Domingo dió nuevas instrucciones á sus discípulos, les recomendó que fueran de dos en dos con modestia, que guardaran silencio y recogimiento, y que en todas circunstancias mostraran una mansedumbre inalterable. Luego eligió los mas distinguidos por su ciencia y virtud para fundar conventos en diferentes provincias, y envió á España su primer discípulo Bernardo con muchos operarios, á Provenza Juan Bonella y treinta y tres religiosos, y á Alemania Juan de Peña con sesenta. Tambien nombró ministros provinciales para Toscana, Lombardía y la Marca de Ancona. Quería él pasar en persona á Francia y Bélgica; pero el cardenal Hugolino, legado en Toscana, le aconsejó que no saliera de Italia, donde reclamaban su presencia los intereses de la orden naciente. Envio, pues, Francisco á París á Fr. Pacifico y Fr. Angel, que fué el primer ministro provincial de Inglaterra. La mision de Alemania no dió ningun fruto, y los religiosos fueron maltratados y echados del país como unos vagos sospechosos de herejía. Además, muchos prelados se mostraron poco propicios al nuevo instituto, que tenia enemigos hasta en Roma. Francisco pasó allá para pedir al Papa Inocencio

un cardenal protector de su orden, y comunicó su intento al cardenal Hugolino, el cual le había manifestado el mayor afecto. Admitido á la audiencia del Papa, dijo: "Santo Padre, yo me avergonzaria de importunar á vuestra Santidad por el interés de nuestros pobres hermanos. Dénos, pues, vuestra Santidad este cardenal que cuide de nuestras cosas bajo vuestra autoridad." El Papa accedió á la petición, y el cardenal Hugolino fué el primer protector de los menores franciscanos, con cuya cualidad asistió al primer capítulo general que tuvo el fundador cerca de Asis en el año 1219. Concurrieron mas de cinco mil religiosos: tanto se había multiplicado ya la orden. Fr. Elías, provincial de Toscana, y algunos otros recurrieron al cardenal proponiéndole que mitigara la regla en algunos puntos, y el cardenal habló al fundador sobre esto. Mas Francisco dijo al capítulo: "Hermanos míos, Dios nos llama á seguir la locura de la cruz por el camino de la simplicidad y la humildad. No me propongais otra regla que la que me ha enseñado Jesucristo, y temed que los sábios que os engañan atraigan la ira divina sobre sí y sobre vosotros." Así se desechó la proposición. Muchos religiosos se quejaron de que eran maltratados en las regiones lejanas por no poder manifestar la aprobación auténtica de su instituto, y añadieron que muchos obispos no les permitían predicar; por lo cual proponían que se pidiera al Papa el privilegio de predicar en todas partes sin licencia. Francisco les respondió: "Dios quiere que ganemos á los superiores con la humildad y el respeto. Cuando vean que vivís santamente y no usurpáis su autoridad, ellos mismos os rogarán que trabajéis en la salvación de las almas que les están encomendadas. Vuestro privilegio propio debe ser el no tener ninguno." Por lo que toca á la aprobación auténtica de la orden por escrito, pidió y obtuvo del Papa Honorio una bula de confirmación con fecha 11 de Junio de 1219. Esta es la primera que se dió en favor del instituto.

Francisco no limitó su celo á los países cristianos, y en el mismo año envió á Marruecos cinco misioneros llamados Berardo, Pedro, Oton, Adyuto y Accuro. Tomaron el camino de España y se presentaron al rey de Sevilla, á quien exhortaron que abrazase el cristianismo. Llegados á Marruecos se pusieron á predicar en la plaza pública, y el rey mandó prenderlos y conducirlos á España; pero en el camino se escaparon y volvieron á Marruecos á continuar su predicación. Otra vez fueron echados, y otra vez se escaparon y se presentaron á predicar el Evangelio á tiempo que pasaba el rey. Enfurecido éste con aquella perseverancia intrépida, hizo que los llevaran á su presencia, se esforzó en vano para vencer su fé, y les cortó la cabeza por su propia mano el 16 de Enero de 1220. Los cristianos del país recogieron sus reliquias y las trasportaron á Coimbra en Portugal, donde obraron muchos milagros. Sixto IV canonicó á estos misioneros el año 1481. Daniel, provincial de Calabria, y

otros seis religiosos marcharon de allí á poco á predicar la fé en Ceuta, primera ciudad de África en el estrecho de Gibraltar. El príncipe musulman mandó encerrarlos en una prision, y empleó las promesas y las amenazas para obligarlos á apostatar; mas viéndolos inflexibles, hizo decapitarlos. Tambien son venerados como mártires. Fr. Gil, tercer discípulo de San Francisco, fué enviado á Tunez con algunos otros; pero los cristianos de este país viendo el furor de los musulmanes y temiendo una persecucion los forzaron á reembarcarse. San Francisco mismo quiso ir á predicar la fé á los infieles y marchó á Egipto, donde los cruzados estaban sitiando á Damietta. Cuando iba á empezar el combate, el santo tuvo revelacion que los cristianos serian vencidos; pero su predicacion se miró como un delirio. Los cruzados persistieron en su resolucion, dieron la batalla y perdieron cerca de seis mil hombres. El soldan de Egipto había prometido una moneda de oro al que le llevase la cabeza de un cristiano. Este peligro no fué obstáculo para que Francisco pasase con un compañero al campo de los infieles, y llevado á presencia del soldan que le preguntó en nombre de quién iba, respondió: "El Dios omnipotente es el que me envia para enseñarte el camino del cielo á tí y á tu pueblo." Admirado el soldan de tanta intrepidez, le dió varias audiencias y le instó para que se quedara con él. "Yo me quedaré gustoso, dijo Francisco, si quieros convertirte con tu pueblo; y si tienes dudas sobre la necesidad de abandonar la ley de Mahoma por la de Jesucristo, manda encender una grande hoguera y yo entraré en ella con tus doctores, para que Dios manifieste cuál es la fé que debe seguirse." "Dudo mucho, repuso el soldan sonriéndose, que ninguno de nuestros imanes quiera entrar en el fuego por su religion." En efecto, uno de los mas antiguos había huido al oír solo la propuesta del santo hombre, quien ofreció entonces entrar solo en la hoguera, con tal que prometiesen los musulmanes hacerse cristianos si él salia sano y salvo; pero el soldan, temeroso de una rebelion, no quiso consentir esta prueba. Sin embargo, manifestó mucha veneracion hacia San Francisco, le tuvo algunos dias á su lado y le despidió con señales de distincion. Santiago de Vitry que se hallaba entonces en el asedio de Damietta, cuenta este hecho, y añade, que la vida santa y pobre de los frailes menores los hacia respetados de los musulmanes, los cuales oían hasta con gusto sus sermones mientras no impugnaban directamente á Mahoma. (1).

A la vuelta de Egipto, tuvo San Francisco el segundo capítulo general en Asis á fines de Setiembre del año 1220. Durante su ausencia había recibido muchas quejas contra Fray Elías, á quien había nombrado vicario general, y tuvo motivo de convecnecer por sí mismo de que eran fundadas, porque Fray Elías osó presentarse de-

(1) Bonav. *Vit. Franc.*—Jac. de Vitry. *Hist. Occid.*

lante de él con un hábito mas fino que los demas, una capilla mas larga como la llevaban entonces las personas del siglo, unas mangas mas anchas y un continente nada modesto. Francisco le quitó el vicariato y le confirió á Pedro de Catania. Tambien quiso él renunciar el gobierno y que recayera el nombramiento de ministro general en Pedro; pero no lo consintieron los religiosos, y declararon que mientras él viviese, cualquiera otro superior no sería mas que vicario suyo. Viendo Francisco que su órden iba siempre en aumento, quiso que fuese aprobada solemnemente, y compendió mas su regla, la cual fué confirmada por bula del Papa Honorio fecha 29 de Noviembre de 1223. Esta regla prescribe que los frailes han de vivir segun la perfeccion evangélica, en la pobreza, obediencia y castidad: que no han de poseer nada en propiedad, ni casa, ni tierras, ni otras cosas: que han de mantenerse de su trabajo y de limosnas; pero que no han de recibir dinero por sí ni por interpósita persona: que han de ayunar desde Todos los Santos hasta Navidad y los viernes de todo el año: que los sacerdotes han de rezar el oficio divino segun el uso de la Iglesia romana, y los legos cierto número de *Pater noster* por cada hora canónica: que no se ha de admitir á los pretendientes hasta pasado un año de noviciado; y que ninguno de los religiosos ha de poder predicar sin licencia del ministro general y consentimiento del obispo diocesano. Habíanse fundado muchos conventos de mugeres bajo la regla de San Francisco; pero éste no quiso aceptar el gobierno de ellos, ni aprobó á los frailes que le habian tomado á su cargo. "Temo, decia muchas veces, que al mismo tiempo que Dios nos ha quitado las mugeres, nos haya dado el demonio las hermanas." Como le seguian numerosas turbas del pueblo, llevadas del impulso de su palabra, y manifestaban deseos de hacer una vida mas cristiana en el mundo, trazó para ellos una regla aplicable á los fieles de ambos sexos, aun para los casados, y así formó una piadosa asociacion que vino á ser la tercera órden de San Francisco. Los que pertenecian á ella, llevaban un traje sencillo y modesto con un cingulo lleno de nudos, y se llamaban los hermanos de la penitencia.

Por esta época se instituyó en España la órden de la Merced para la redencion de cautivos. Fué su fundador Pedro Nolasco, caballero del Langüedoc, y San Raimundo de Peñafort escribió las constituciones, que fueron aprobadas de allí á doce años por el Papa Gregorio IX.

Las cartas del Pontífice Inocencio y el decreto del concilio lateranense tocante á la cruzada, reanimaron en todas partes el celo de los cristianos en defensa de la Tierra Santa (1), y hasta se cruza-

(1) En la bula de publicacion de la cruzada, habia concedido el Papa Inocencio indulgencia plenaria no solamente á los que se cruzasen, sino á los

ron una multitud de niños en Francia y Alemania y partieron en numerosas tropas para la Palestina. No bastaban todas las precauciones de sus padres para detenerlos, y á ejemplo suyo se cruzaron muchas jóvenes y mugeres para ir con ellos. Pero como viajaban sin guías, gefes ni provisiones, su temeridad tuvo el resultado que era de prever. Muchas de aquellas pobres criaturas se perdieron en los bosques y montes, y murieron de hambre: otros fueron aprensados y vendidos como esclavos; y otros, despues de pasar muchos trabajos, turvieron á dicha á llegar á la casa paterna llenos de confusion. Desde el principio de su pontificado no omitió Honorio ningun medio para acelerar la partida de los cruzados y terminar las guerras que la entorpecian. Andrés, rey de Hungría, y Leopoldo, duque de Austria, marcharon á la Tierra Santa el año 1217 con muchos señores y considerable número de tropas. Por otro lado, el conde Guillermo de Holanda, y muchos cruzados alemanes, se embarcaron en el Mosa, y enderezaron su rumbo á Lisboa, donde debian agregárseles otros muchos bajeles. Hacia poco que los moros se habian apoderado del castillo de Alcazar, y habian sujetado los cristianos á pagar un tributo anual de cien doncellas. Los cruzados, movidos de las vivas instancias de los obispos y señores, pusieron cerco á la fortaleza, ganaron una victoria señalada sobre varios reyes moros que habian acudido en socorro de la plaza, y se hicieron dueños de ella en menos de tres meses. A este triunfo se siguió la conversion del gobernador y de otros cien musulmanes. De allí á poco se cruzaron los monarcas de León y Navarra contra los sarracenos, y el Papa Honorio concedió las indulgencias de la cruzada á todos los españoles que tomaron las armas contra los infieles (1).

Llegaron á Palestina muchedumbre de cruzados de diferentes países con el rey de Hungría y el duque de Austria, y acudió Conradino, soldan de Damasco, con fuerzas considerables para acometerlos; pero tuvo que tocar retirada, y los cruzados cogieron un rico botin y no pocos cautivos. De éstos libró Santiago de Vitry, entonces obispo de Acre, todos los niños que pudo para bautizarlos y entregarlos á mugeres cristianas que los criaran. El rey de Hungría, creyendo haber cumplido su voto en los tres meses que habia pasado en Palestina, abandonó el ejército de los cruzados con el de Chipre Hugo de Lusignan, el cual murió al año siguiente y dejó por sucesor á su hijo Enrique, de edad de nueve meses. Entre

que mantuviesen un cruzado, y otras indulgencias proporcionadas á los auxilios que se les prestasen. Habia ordenado oraciones solemnes todos los meses y rogativas todos los días para el buen logro de la expedicion. Finalmente, para mover mas á que se hiciera el último esfuerzo, añadió: "Nos esperamos que pronto acabará el poder de Mahoma, porque es la bestia del Apocalipsis, cuyo número es 666, y ya van pasados cerca de seicientos años.

(1) Albert. *Stad. Chron.*—Godofr. *Chron.*—Honor. *Epist.*

tanto el duque de Austria y los otros cruzados concertados con el rey de Jerusalem, despues de levantar dos fortalezas para defensa de la Palestina, resolvieron llevar la guerra á Egipto, y formaron el asedio de Damietta, á donde aporió á poco tiempo la flota holandesa que habia pasado por Portugal. Recibida la noticia de esta empresa escribió el Papa á Génova, Venecia y otros puertos de Italia, mandando partir inmediatamente para Damietta á los cruzados franceses y alemanes que concurrían allí diariamente. La ciudad egipcia fué tomada á los diez y ocho meses de asedio en el de Noviembre del año 1219, y Santiago de Vitry ostentó de nuevo su caridad con los niños cautivos; mas de quinientos de ellos murieron despues de recibir el bautismo. A esta conquista se siguió una division funesta entre los cruzados. El cardenal Pelagio, obispo de Albano, que el Papa habia enviado en calidad de legado, aspiraba á mandar en gefe y dirigir todas las operaciones. Juan de Brienne, rey de Jerusalem, reclamaba este derecho, y se ofendió en especial de las pretensiones que alegaba el legado á nombre de la Iglesia romana sobre el señorío de Damietta. Salíó, pues, de Egipto, y le siguieron casi todos los templarios y los mas de los señores franceses. El Papa, advertido del peligro que corria el ejército á resultas de aquella retirada, hizo los mayores esfuerzos para que marchasen nuevas tropas en socorro de los cruzados, á cuyo efecto escribió al arzobispo de Ruan y á Conrado, obispo de Hildesheim, su legado en Alemania, y encargó al cardenal Hngolino que excitara el celo de los pueblos de Italia. Al mismo tiempo redobló sus instancias para acelerar el viage del emperador Federico.

Este príncipe, coronado rey de los romanos en Aquisgran el año 1215, se habia cruzado al punto para marchar á la Tierra Santa juntamente con muchos prelados y señores; pero como probablemente no habia tenido otra intencion que adquirir los privilegios de los cruzados, es decir, poner su persona y bienes bajo la proteccion de la Santa Sede, y no poder ser acometido pena de excomunion, siempre hallaba pretextos para dilatar su partida. Oton, depuesto del imperio, habia muerto en 1218 con grandes sentimientos de penitencia. Viéndose Federico sin competidor, quiso, obtener la corona imperial, y fué á Roma, donde se la ciñó el Papa Honorio el día 22 de Noviembre de 1220. Acto continuo recibió el emperador la cruz, de manos del cardenal Hngolino, renovó públicamente el voto que habia hecho de ir á la Tierra Santa, y prometió enviar buen número de tropas en la primavera inmediata, y marchar él mismo por Agosto; pero tambien quedó sin cumplir esta promesa. En el mismo día publicó Federico una constitucion para llevar á efecto los decretos del concilio de Letran contra los hereges, é imponer penas severas á los que violasen las inmunidades de las personas y bienes eclesiásticos. Esta constitucion se confirmó por otras

varias del año 1224, que aplican á los hereges las penas de los reos de lesa magestad, y prescriben que los jueces deben prender á los que hayan descubierto los inquisidores, y custodiarlos estrechamente para castigarlos luego que los haya condenado la Iglesia.

El rey de Jerusalem consintió en volver á Egipto, y por consejo del legado Pelagio se pusieron en marcha los cruzados para asaltar la ciudad del Cairo; pero embestidos por las tropas del soldan y faltos de viveres en un terreno inundado, tuvieron que capitular en Setiembre de 1221 con la condicion de restituir la plaza de Damietta. El Papa, informado de esta pérdida, redobló su celo para apresurar los refuerzos que se habian de enviar á la Tierra Santa, con cuyo objeto tuvo varias conferencias con el emperador, y escribió á todos los príncipes exhortándolos á que se cruzaran. Federico se comprometió en una conferencia que se celebró en Venecia el año 1223 á partir dentro de dos; pero al siguiente se quejó al Papa del poco celo que manifestaban por la cruzada los franceses é ingleses, y en 1225 consiguió otro plazo de dos años para cumplir su voto. Por entonces tuvo algunas diferencias con el Pontífice acerca del nombramiento de los obispos de la Pulla y la Sicilia, porque pretendia tener el derecho de presentacion; y queriendo el Papa durante estas disputas proveer varias sillas vacantes hacia mucho tiempo, no permitió el emperador que tomasen posesion los obispos nombrados. Tambien se quejó de la proteccion concedida por el Papa á las ciudades de Lombardía, que se habian coligado para defender sus privilegios; pero el Pontífice le puso de manifiesto la injusticia de sus pretensiones y quejas, y le recordó cuanto habia hecho en su favor la Santa Sede: los obispos nombrados tomaron posesion de sus sillas (1).

El imperio latino de Constantinopla se iba debilitando cada vez mas. Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, fué elegido sucesor del emperador Enrique que habia muerto en 1216; pero cuando se dirigia á Grecia en compañía del cardenal Juan Colonna, legado de la Santa Sede, fueron detenidos y encarcelados por Teodoro Comneno, príncipe de Epiro, y el emperador murió en la prision de allí á algunos meses. Entre tanto el Papa amenazó con el ejército de los cruzados á Teodoro, el cual asustado de los preparativos que se siguieron á la amenaza, dió libertad al legado y prometió ademas bajo de juramento, someterse á la obediencia de la Iglesia romana. Roberto, hijo y sucesor de Pedro de Courtenay, termino los altercados entre el sacerdocio y el imperio, con la ratificacion de un tratado que el legado aprobó, y en que se aseguraba la conservacion de las inmunidades eclesiásticas. Se eximió á los griegos de una parte de los diezmos, porque no tenian costumbre de pagar

(1) Godofr. Chron.—Math. Paris.—Guill. Nang.—Jacob. de Vitr.—Chron. Ursperg.—Honor. Epist.

los. Como el imperio era invadido de todas partes, ordenó el Papa declarar excomulgados á los que se manifestasen á favor de los griegos, y concedió la indulgencia de la cruzada á las tropas que marchasen á socorrer á Roberto. Habiendo ocupado Teodoro Comneno á Tesalónica, tomó el título de emperador é hizo que le coronara el primado de la Bulgaria. Así llegó á haber cuatro titulados emperadores de Constantinopla, Roberto de Courtenay, que era dueño de la ciudad, Teodoro Comneno, residente en Tesalónica, David Comneno, en Trevisonda y Juan Ducas ó Vatacio, sucesor de Teodoro Lascaris, en Nicea.

El Papa Honorio se dedicó con una constante solicitud á promover los progresos de la fé en Prusia y Libonia. En el año de 1218 exhortó á los obispos de Alemania que socorrieran á los cristianos de aquellas provincias y los defendieran de los idólatras. Poco despues escribió á los abades de los órdenes de Cluny y del Cister, recomendándoles que enviaran algunos monjes á predicar el Evangelio á los bárbaros. También exhortó á los sajones y otros pueblos comarcas que tomaran las armas contra los paganos, y les concedió la indulgencia de la cruzada por esta guerra. Ultimamente, en el año 1224 envió al obispo de Módena con el título de legado para dirigir las misiones y arreglar todo lo relativo á las nuevas Iglesias del Norte. Asimismo miró el Papa Honorio con particular solicitud la guerra contra los albigenses. En 1217 escribió á los doctores de la universidad de Paris, que fuesen algunos á convertir hereges en el Langüedoc, y prometió indulgencia plenaria á los que hiciesen este viage. Varias ciudades de Provenza rebeladas contra el conde de Monfort, habian reconocido á Raimundo el jóven, hijo del conde de Tolosa, en cuya ciudad logró entrar Raimundo el viejo en este mismo año. El Papa amonestó primero y luego amenazó á las ciudades rebeldes y á Raimundo el jóven, así como al rey Jaime, de Aragon, que los protegía. Al mismo tiempo escribió á Felipe Augusto, de Francia, y á los obispos de este reino, instándolos á que enviaran tropas en socorro del conde de Monfort. Este intentó reconquistar la ciudad de Tolosa y la tuvo cercada nueve meses; pero en un asalto fué herido de una pedrada en la cabeza, y murió de resultas el 25 de Junio de 1218, con los sentimientos de religion que habia manifestado toda su vida. Amalrico, su hijo y sucesor, tuvo que levantar el cerco á poco; y viendo que por todas partes triunfaban los albigenses, ofreció ceder al rey de Francia los dominios que habia tenido de él en feudo en el Langüedoc. El Papa instó á Felipe Augusto en 1222 porque los aceptase y echase á los hereges del pais; pero por entonces acometió una fiebre tenaz á este príncipe, y yendo, contra el dictámen de los médicos, á un concilio que el legado Conrado, obispo de Porto, habia convocado en Paris para tratar de la cruzada contra los albigenses, hubo de detenerse en Mans y murió el 14 de Julio del

año 1223. Antes habia otorgado testamento, dejando mas de ciento cincuenta mil márcos de plata para el socorro de la Tierra Santa, diez mil libras á la reina Igelburga con quien estaba reunido hacia diez años, y cincuenta mil para reparar los perjuicios que podia haber causado (1). Su cuerpo fué conducido á la abadía de San Dionisio, y asistieron á sus exequias todos los obispos. Se nota como una particularidad que el legado Conrado y el arzobispo de Reims celebraron simultáneamente el santo sacrificio en dos altares diferentes, y que los otros obispos y el clero les respondian como á un solo oficiante. La carta convocatoria del concilio de Paris, expedida por el legado, nos descubre que los albigenses ó maniqueos, tenían un gefe en la Bulgaria al que daban el título de Papa, y que un cierto Bartolomé, obispo de estos hereges, se llamaba su vicario en el Langüedoc.

A Felipe Augusto sucedió su hijo primogénito Luis VIII, que fué consagrado en Reims con su esposa la reina Blanca de Castilla en el mes de Agosto. Inmediatamente escribió el Papa al nuevo monarca, exhortándole á que combatiera á los albigenses; pero Luis distrajo su atencion á la guerra emprendida para apoderarse de los feudos que poseía en Francia el rey Juan de Inglaterra, y de que le habia declarado desposeído el tribunal supremo de los pares, despues de la muerte de su sobrino Arturo. Por otro lado, el anciano conde de Tolosa habia muerto el año 1222, y su hijo Raimundo entabló negociacion para reconciliarse con la Santa Sede. Con este objeto se congregó en 1221 un concilio en Mompeller; y el nuevo conde prometió, así como el de Foix, dar entera satisfaccion á la Iglesia y cumplir estrictamente las leyes contra los hereges; pero como pretendia quedarse con los Estados de su padre sobre los cuales queria mantener sus derechos, Amalrico de Monfort no llevó adelante la negociacion.

El Papa Honorio, que habia escrito repetidas veces al rey Luis, le envió á Francia al cardenal Roman con carácter de legado, para que determinara al príncipe á ajustar una tregua con el rey de Inglaterra y convertir sus armas contra los hereges del Langüedoc. El legado tuvo dos concilios para este objeto, uno en Melun y otro en Bourges por Noviembre de 1225, y en ellos se deliberó largamente sobre las proposiciones y pretensiones del conde de Tolosa; pero no se resolvió nada. Por fin, en otro concilio congregado en Paris por Enero del año siguiente, el legado declaró excomulgados á Raimundo y sus cómplices, y confirmó por la autoridad pontificia la cesion de todos los derechos sobre los Estados del conde que hizo Amalrico en el rey Luis. Este se cruzó con los mas de los obispos y señores para marchar contra los albigenses: en seguida mandó el legado predicar en todas partes la cruzada con indulgencia plena-

(1) Rigord.—Math. Paris.—Guill. Brit.

ria, y permitió levantar para esta guerra por cinco años una suma de cien mil libras en cada uno, sobre el diezmo eclesiástico que el Papa había impuesto. El emperador Federico y el rey de Inglaterra, temiendo que el de Francia adquiriese el derecho supremo de conquista sobre los Estados que el conde de Tolosa llevaba en feudo de aquellos principes en la Provenza y Aquitania, representaron al Papa acerca de esta cruzada; pero Su Santidad les respondió que había dado órdenes al legado para mantener los derechos de cada uno de ellos. El rey Luis salió á campaña en la primavera con un fuerte ejército y se dirigió á la Provenza; casi todas las ciudades de ésta se apresuraron á someterse, y Aviñon que quiso resistirse, fué reducida á los dos meses de asedio, arrasadas sus murallas y derribadas mas de trescientas casas que tenían torres. El rey se entró por el Languedoc, y se le rindieron todas las ciudades y castillos hasta cuatro leguas de Tolosa. Concluida esta campaña tomó la vuelta de la capital con ánimo de continuar la guerra á la primavera siguiente; pero en el camino le asaltó una enfermedad de que murió, dia 8 de Noviembre de 1226. Le sucedió su hijo Luis IX, venerado como santo por sus virtudes. Todavía duró algun tiempo la guerra contra los albigenses; mas en 1229, prometió el conde Raimundo de Tolosa dar satisfacción á la Iglesia, y fué absuelto de la excomunion, consiguiendo la restitucion de sus Estados con la condicion de echar á los hereges.

Como eran muy antiguas las quejas contra los curiales de Roma porque recibian presentes, y habia que pagar sumas de mucha monta por la decision y despacho de los negocios, el Papa Honorio encargó á su legado en Francia el cardenal Roman que exigiera dos prebendas en todas las catedrales y dos plazas ó mesas en cada monasterio, para atender con la renta de estos beneficios á la manutencion del clero romano y sustanciar gratuitamente los procesos. Pero los obispos de Francia representaron que semejante concesion no atajaría los efectos de la avaricia, siendo de temer ademas, que aumentase la indolencia de los curiales y la lentitud en el despacho de los negocios. Así el legado no juzgó conveniente insistir. En 1226 impugnaron tambien los obispos de Inglaterra la misma proposicion hecha en un concilio de Westminster, y no se sabe que las cosas pasaran adelante (1).

En el año anterior habia muerto el arzobispo de Colonia San Engelberto, víctima de su celo por defender los derechos de la Iglesia. Ocupaba aquella silla cerca de diez años hacia, y Federico cuando marchó á Italia en 1220, le dejó por regente del imperio y tutor de su hijo Enrique, electo rey de los romanos. Engelberto empleó su autoridad en hacer resplandecer la justicia y proteger á los débiles contra la opresion de los poderosos. Federico, conde de Isenberg

(1) Math. Paris.—Guill. Nang.



ST. ENGELBERTO, ARZOBISPO DE COLONIA





y patrono de la abadía real de Esense, que era pariente suyo, usurpaba los derechos de la abadesa y opimia á los súbditos del monasterio con enormes tributos y exacciones. El santo arzobispo empleó todos los medios persuasivos para poner coto á estas vejaciones hasta ofrecer una pension sobre sus propias rentas al conde Federico; mas éste en vez de enmendarse resolvió la muerte del prelado y le hizo asesinar el 7 de Noviembre de 1225. Enrique, sucesor de Engelberto, solicitó con calor el castigo de este asesinato, y asistió á la dieta de Francfort, donde logró que el conde fuera proscrito del imperio y se confiscaran sus bienes: al mismo tiempo prometió una gran recompensa al que se le entregase, y habiendo logrado al año siguiente apoderarse de su persona, mandó que el verdugo le quitara la vida con los mas horribles tormentos.

En Setiembre de 1221, tuvo Francisco de Asis una vision y recibió la impresion milagrosa de las cinco llagas de nuestro Señor: sus manos y piés parecian traspasados de clavos cuyas cabezas y puntas se veían, y en el costado derecho aparecia una cicatriz roja como de una lanzada, de donde salia sangre que le calaba la ropa. El santo, para evitar que se viesen estas llagas impresas, llevaba casi siempre escondidas las manos y se acostumbró á gastar calzado; pero todas las precauciones de su humildad no pudieron ocultar la noticia de este favor extraordinario. San Buenaventura atestigua que varios cardenales fueron testigos de él, y que el Papa Alejandro IV aseguró mas adelante en un sermon, haber visto con sus ojos aquellas llagas en vida del santo, y todo el mundo quiso verlas y besarlas despues de su muerte que ocurrió á los dos años. Desde aquella maravillosa impresion sufría grandes dolores, y como no pudiese luego andar por sí, hacia que le llevaran por las ciudades y lugares, para exhortar los pueblos á la penitencia. Por fin, habiendo recibido la revelacion de su muerte cercana, mandó que le condujeran á la iglesia de la Porciúncula y le echaran sobre la tierra desnuda: dió sus últimas instrucciones á los religiosos presentes, y espiró, meditando la pasion del Salvador, el dia 4 de Octubre del año 1226 á los cuarenta y cinco de su edad. Bien pronto resplandeció su santidad por una multitud de milagros, y á los dos años de su muerte le canonizó el Papa Gregorio IX. San Buenaventura escribió su vida. San Francisco habia hecho testamento conforme al espíritu de su regla. Manda expresamente á sus discípulos el trabajo de manos, y declara que los que no saben trabajar deben aprender para dar ejemplo y huir de la ociosidad. "Si no nos pagan nuestro trabajo, añade, recurramos entonces á la limosna." Recomienda que se consideren como los mas pequeños de los hombres conforme á su nombre de menores, y quiere que su pobreza y modestia resplandezcan hasta en sus templos, los cuales deben ser bajos, pequeños y sin adornos exquisitos. Por último, prohíbe formalmente á todos los religiosos, sacerdotes ó legos, glosar